

# PERSPECTIVAS REGIONALES DEL PERIODO FORMATIVO EN EL PERU: UNA INTRODUCCION

*Peter Kaulicke*

El Formativo siempre ha sido un tema predilecto de los arqueólogos peruanos y muchos extranjeros. Sin mayor exageración podría argüirse que este tema ha provocado la formación de la arqueología nacional a raíz de una confrontación con el iniciador de la arqueología científica en el Perú, el alemán Max Uhle. Esta confrontación lamentablemente no se reduce a un incidente histórico sin mayores consecuencias ni se debe a malentendidos de orden personal, profesional o científico. Iniciándose con los primeros trabajos arqueológicos de Tello en la segunda década de este siglo, sigue la historia de la arqueología peruana como una especie de hilo conductor (cf. Kaulicke 1998c).

Debido a esta importancia es preciso indagar algo más en el punto antes de concentrarse más directamente en nuestro tema. Max Uhle utilizó por vez primera una metodología netamente arqueológica para ordenar cronológicamente los testimonios del Perú Antiguo, no sólo para el Perú sino para toda América (Rowe 1998). Gracias a su clarividencia logró establecer un esquema que básicamente sigue en vigencia. Su problema, sin embargo, fue el de precisar el origen de la cultura andina ya que las evidencias disponibles para él le sugerían la existencia de grupos primitivos cuyos avances como cerámica, plantas domésticas, etc. se debían a una adaptación a grupos inmigrantes portadores de la alta cultura. Uhle, como difusionista moderado al igual que prácticamente todos los científicos de su tiempo, no queda satisfecho del todo con esta conclusión pero no tuvo éxito en proveerse de datos más convincentes. Ciertamente esta hipótesis no se debe a razones antipatrióticas pero es evidente que una reacción nacionalista lo debe interpretar como un origen "importado" y lo propio como algo pasivo, incapaz de cambios significativos sin impulso exterior (cf. Kaulicke 1998b).

Julio C. Tello, la figura aún predominante en la historia de la arqueología peruana, se opone a esta hipótesis y dedica su vida entera a refutarla. Lo hace en concentrarse precisamente en los opuestos: busca el origen concentrándose en su tierra natal, la Sierra, y fijándose definitivamente en la Selva, aquel lugar donde lo primordial sigue vivo con su naturaleza intacta y grupos humanos en estado de una primitividad paradisíaca, en una especie de "origen viviente". Es ahí donde se dan los primeros impulsos de la domesticación de plantas, cuya consecuencia sólo se inicia cuando se expande verticalmente alcanzando la Sierra, donde se desarrolla para adquirir un esplendor inigualado. El propio Tello reconoce muchos sitios y elige Chavín como el exponente más exaltado de lo que él entiende como "cultura matriz", ya que megalitismo, agricultura y religión compartidos se basan en la existencia de un solo pueblo, una sola raza, una sola lengua y una sola religión. Esta cultura matriz se expande primero por toda la Sierra y luego baja a la costa. Es evidente que el componente serrano es el que le da la consistencia necesaria contrapuesta a la heterogeneidad que caracteriza la costa. Debido a condiciones geográficas variadas se producen las diferencias detectables en el registro arqueológico; el fin de esta "Edad de Oro" en la evaluación de Carrión Cachot (1948), la sucesora y discípula de Tello, se debe de nuevo a efectos extraculturales, es un fin catastrófico, la propia naturaleza se encarga de ello sepultándola bajo erupciones volcánicas, terremotos y aluviones.

Tello enfatiza el lado monumental del Formativo, expone el arte magnífico de su arquitectura imponente, su escultura lítica y las piezas de adorno que le parecen representar la unidad estilística conforme a su argumentación general. Durante más de 30 años de su vida científica y a través de sus

publicaciones que siguen apareciendo póstumamente hasta 1979, su visión se ha arraigado profundamente en la percepción del origen de la cultura andina no sólo por parte de los arqueólogos sino del público en general ya que subyace en buena parte a lo que se sigue enseñando en los colegios del país.

Esta visión opuesta a la de Uhle desconcierta a arqueólogos extranjeros y a algunos peruanos y lleva a la revisión de los aportes de Uhle. No encuentran mayor punto de crítica ya que Uhle simplemente descubrió restos de poblaciones no monumentales, rurales o algo marginales, con otras palabras, el otro extremo ciertamente complementario a lo expuesto por Tello. Las categorías principales de sus evidencias eran otras, casi el único punto en común es la cerámica. En ella, Uhle ya había detectado un parecido extraordinario en diferentes valles de la costa a lo cual se agrega lo que Tello encontró creando un horizonte algo diferente a la percepción de este último más en acorde con la definición de los horizontes Tiawanaku e Inca de Uhle. De acuerdo a la idea de centros ordenadores como Tiawanaku y Cuzco, Chavín se convierte en una especie de capital y en exponente más puro del estilo transferido a otros soportes y otras zonas con más o menos éxito de imitación, lo cual se expresa con el término "Chavinoide", el "como Chavín" fuera de Chavín.

Rafael Larco Hoyle (1941) se opone a esta visión. Desde su tierra natal, la costa norte, invierte la argumentación de Tello utilizando los resultados del último en sus excavaciones en Nepeña y Casma para postular un desarrollo interno del Formativo que visualiza a Chavín como exponente tardío o una especie de síntesis. La costa norte se convierte en foco originario del Formativo ya que todas las etapas de su desarrollo se encuentran ahí y no en otras partes. Como Uhle, se concentra en entierros y logra excavar exponentes asombrosos. Estos entierros le enseñan datos sobre la vida de sus ocupantes tratándose de cementerios pequeños con material internamente consistentes por lo cual postula la existencia de poblaciones reducidas básicamente independientes intercomunicadas por lo que algo impropriamente se ha llamado "Culto Felínico" en alusión a las ideas de Tello. Reiteradamente, esta idea de una religión compartida propagada por misioneros proselitistas resurge y constituye otro bagaje heredado sin que se pueda definir claramente la naturaleza de esta religión y sus mecanismos de difusión (para una presentación más detallada de la historia de los estudios del Formativo cf. Kaulicke 1994: 250-258).

Queda obvio que buena parte de estas interpretaciones del pasado se basan en ideas más políticas que científicas: en la necesidad de la existencia de una nación y una nacionalidad primigenia que fundamente las pretensiones nacionalistas de la República. Es a la vez manifestación de un indigenismo que exalta logros preeuropeos en "peligro de extinción" por la opresión extranjera. Pero la postulada unidad y unicidad indígena conlleva el germen de la discordia interna. Tello entiende como exaltación de lo andino claramente el componente serrano, lo costeño como algo ambiguo infestado por lo extranjero, mientras que lo selvático es la manifestación de lo primitivo por excelencia como ya hemos visto. Esta unidad, por tanto, es algo latente, algo más idealizado que realmente expresado de manera arqueológica por los horizontes o los imperios a lo cual se quiere juntar lo Chavín sin equivalencia evidente. En sus intermedios se ubican los regionalismos como pérdidas de la unión anhelada, como debilitamientos. Arqueológicamente, sin embargo, estos regionalismos parecen ser la constante y se encuentran lejos de la idea de las "behetrías" como preludios caóticos y culturalmente inferiores al orden perfecto y utópico del imperio incaico (cf. Kaulicke 1998a).

Si se llama este simposio *Perspectivas Regionales del Formativo en el Perú* no se tiene en mente un ataque contra los conceptos unificadores con afán generalizador. Tampoco pienso que vamos a poder definir claramente cuáles eran las regiones en el Formativo. El título empleado es un préstamo del título de un evento llevado a cabo en los Estados Unidos hace algunos años en el cual arqueólogos norteamericanos discutieron sobre el Formativo mesoamericano, sobre los Olmecas (Sharer y Grove 1989). En México, las posiciones son notablemente parecidas a aquellas descritas para el Perú. Obviamente no se logró un consenso general entre "regionalistas" y "nacionalistas".

Estas perspectivas regionales, sin embargo, permiten definiciones más precisas basadas en enfoques menos macroscópicos al escoger espacios definibles tanto por criterios geográficos como por la distribución y naturaleza de los sitios que podrían formar unidades contemporáneas. Al

buscar esta unión entre espacio natural y espacio cultural, evidentemente una unión estrecha e interdependiente, se busca también los principios de su ordenamiento, su centro y su periferia. Hay que ver en esta perspectiva uno de los muchos términos usados con frecuencia sin la definición debida, el de “centro ceremonial” algo así como un común denominador del Formativo. ¿De qué tipo de centro y centro de qué se trata? La función circunscrita algo nebulosamente por el adjetivo “ceremonial” enfatiza nuevamente el aspecto religioso o ideológico. ¿Porqué hay centenares de ellos en costa y sierra? ¿Existe una jerarquización entre centros mayores y menores, locales, regionales o suprarregionales? ¿Cuáles son los criterios para definir su función o sus funciones? ¿Qué sustento tienen estos centros, qué relación existe entre sitios monumentales y sitios domésticos? Finalmente, ¿porqué existen áreas aparentemente desprovistas de estos centros pese a caracterizarse por otros elementos constitutivos compartidos y porqué desaparecen estos centros antes de finalizar el Formativo?

Estas preguntas hacen evidente la inoperatividad de macro o mega espacios y la selección arbitraria de elementos considerados representativos fuera de su contexto para “confirmar” a través de ellos una unidad artificial. La definición y la interpretación de contexto, sin embargo, es una de las tareas básicas de la arqueología ya que permite establecer interrelaciones estrictas que guían la interpretación en un camino hacia una comprensión del pasado frecuentemente muy alejada a nuestras ideas preconcebidas (cf. Reflexiones finales, este tomo).

Otro criterio inseparablemente unido al espacio es el tiempo. Tanto la superficie natural como aquella construida o modificada por el hombre cambia, está sometida a una dinámica constante, lo estático sólo es una ilusión de un estado de su apariencia. De esta manera un centro ceremonial no mantiene su aspecto desde su construcción inicial ni mantiene su función durante los 1500 años o más que se le concede al Formativo. Se le somete a remodelaciones cíclicas debido a los requerimientos de los grupos que se encargan de su construcción y de su mantenimiento guiados por motivaciones socialmente justificadas. Estos grupos pueden vivir cerca de estas estructuras o en agrupaciones apartadas en viviendas que requieren de una renovación permanente también y cuya “vida” es más limitada que la de los centros, los cuales cesan en su función cuando se desplaza el grupo para construir otro centro en otro lugar. Lamentablemente se sabe muy poco de la vida cotidiana del Formativo debido a la escasez de excavaciones correspondientes, pero las pocas evidencias abogan en favor de un desplazamiento relativamente rápido en el curso de unas pocas generaciones. En los casos de excavaciones en centros monumentales igualmente se ve que no siguen en uso durante todo el Formativo, aunque pueden representar un uso prolongado o retomado durante el cual su función puede cambiar. Estas modificaciones y desplazamientos evidentemente son efectos del tiempo que la arqueología puede y debe medir mediante la aplicación de metodologías apropiadas. El desdén por la cronología manifestada por algunos arqueólogos con tendencia indigenista es igualmente contraproducente como la fe ciega en el valor de los fechados radiocarbónicos; ambas tendencias tienden a distorsionar el tiempo en el afán de dilatarlo o de congelarlo.

Con estas y otras reflexiones se propone una síntesis actualizada del Formativo basándose en una publicación más extensa (Kaulicke 1994). Quisiera resumir brevemente algunas conclusiones más elementales para ilustrar mi posición en cuanto al problema del ordenamiento espacial y temporal del Formativo y sus características principales. El Formativo puede subdividirse en: Formativo Temprano (1500-1000 a.C.), Formativo Medio (1000-600 a.C.), Formativo Tardío (600-400 a.C.), Formativo Final (400-200 a.C.) y Epiformativo (200 a.C.-100/200 d.C.)

En el Arcaico Tardío se inicia una arquitectura formalizada y compleja en el norte que se formaliza en patrones definibles que articulan el área norte entre Huánuco y Casma con probable extensión por costa y sierra norte mientras que la costa central hasta el Chillón exhibe arquitectura diferente. En toda esta área circulan bienes de lucro como objetos óseos, recipientes de piedra, etc. y hay manifestaciones de arte en barro y tejidos. Este auge notable junto con la presencia de muchos cultígenos permite considerar el Arcaico Final (1800-1500 a.C.) como Proto-Formativo en los términos de Lumbreras (1989). En el Formativo Temprano se reconoce una zona norcentral (notablemente los valles de Casma y Nepeña) que probablemente incluye el Callejón de Huaylas, una zona norte

con rasgos propios vinculada con la sierra de Cajamarca, una zona central desde el sur de Casma hasta Lurín y otra sureña poco definida que probablemente vincula algunas cuencas serranas con la costa, mientras que buena parte de la sierra central y sur mantienen rasgos arcaicos. En este periodo se erigen monumentos extraordinarios decorados con imponentes relieves en barro y piedra que hacen denotar conceptos religiosos definidos. La "edad clásica" del Formativo, sin embargo, es el Formativo Medio cuando se vislumbra claramente una zona norte desde el Alto Piura hasta Jequetepeque y desde Huancabamba hasta Cajamarca, otra se extiende entre Chicama y Virú, una tercera entre Nepeña y Supe. Esta tiene vínculos estrechos con el Callejón de Huaylas. Una cuarta zona se ubica entre Supe y Lurín sin contraparte clara en la sierra. Al sur de Lurín hasta Ica se agrega otra zona más con probables vínculos con la sierra de Huancavelica y Ayacucho. Apurímac y Cuzco forman otra región con el área circum Titicaca. En el Formativo Medio destaca la magnificencia de centros no tan enormes como algunos anteriores, pero más refinados como Chavín, Pacopampa, Huaca de los Reyes, Garagay y muchos otros. El arte de este periodo es lo que más caracteriza el arte de todo el Formativo hasta tal punto que aspectos más mundanos casi se ignoran. En el Formativo Tardío la configuración espacial cambia nuevamente. Toda la costa norte desde Lambayeque hasta Trujillo parece unirse; entre Santa y Casma incluyendo el Callejón de Huaylas se establece otra región, mientras que Chavín, Kotosh y ciertas zonas de la sierra central forman una región aparte. La costa central, desde Supe hasta Lurín es poco definida, recibe fuerte influencia sureña en el Formativo Final y en el Epiformativo. En el sur se establecen áreas más claras con una zona surcentral desde Cañete hasta Pisco, seguida por otra entre Paracas e Ica llegando hasta Yauca. En la sierra surcentral hay una zona poco definida en Ayacucho y probablemente Huancavelica vinculadas con la costa sur, mientras que surge un desarrollo importante en el área circundante al Titicaca. Este periodo trae cambios profundos, se generaliza el cultivo del maíz y la crianza de los camélidos, aparece el oro en objetos de lucro y desaparecen muchos centros ceremoniales. Los contactos entre regiones se intensifican y surge arquitectura megalítica de diferentes patrones; los entierros suntuosos, probablemente son señal de la existencia de élites, en particular en la costa norte y sierra colindante (Kuntur Wasi). No hay muchas evidencias claras de un fin catastrófico del Formativo, el cual más bien sirve de base para la formación de las esplendorosas culturas como Mochica, Nazca y otras, cristalizándose básicamente en las mismas regiones existentes previamente.

Es de esperar que se pueda profundizar, ampliar, modificar y mejorar estos puntos y muchos otros más. Queda aún un largo camino para entender este Periodo Formativo cuyo conocimiento más preciso es una tarea fundamental de la arqueología peruana y su importancia trasciende ampliamente el territorio actual del estado moderno de Perú ya que sus alcances tienen que medirse con los de otros focos tempranos del surgimiento de las sociedades complejas como Mesoamérica y otros como el Viejo Mundo.

---

**REFERENCIAS****Carrión Cachot, R.**

- 1948 La Cultura Chavín. Dos nuevas colonias: Kuntur Wasi y Ancón, *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología* 2 (1), 99-172.

**Kaulicke, P.**

- 1994 Los orígenes de la civilización andina. Arqueología del Perú, en: J. A. del Busto (ed.), *Historia General del Perú*, Brasa, Lima.
- 1998a Entre la ilusión y la realidad: Cien años de arqueología en el Perú, en: *Encuentro Internacional de Peruanistas*, Universidad de Lima I, Estado de los estudios histórico-sociales sobre el Perú a fines del siglo XX, 171-179, Universidad de Lima/ FCE.
- 1998b (ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Lima.
- 1998c Julio C. Tello vs. Max Uhle en la emergencia de la arqueología peruana y sus consecuencias, en: P. Kaulicke (ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo* 47-65, PUCP, Lima.

**Larco H., R.**

- 1938 *Los Mochicas*, vol.1, Lima.
- 1941 *Los Cupisniques*, Trabajo presentado al Congreso Internacional de Americanistas de Lima, XXVII Sesión, Lima.

**Lumbreras, L.G.**

- 1989 *Chavín de Huántar en el nacimiento de la civilización andina*, INDEA, Lima.

**Rowe, J.H.**

- 1998 Max Uhle y la idea del tiempo en la arqueología americana, en: P. Kaulicke (ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, 5-21, PUCP, Lima.

**Sharer, R. J. y D. C. Grove (eds.)**

- 1989 *Regional Perspectives on the Olmec*, Cambridge/ New York.